

2. Intervención de Don Bartomeu Sitjar: *Necrológica de Rafael Gil Mendoza.*

Hablar sobre un amigo es tarea difícil, y si ha fallecido, casi imposible. Me encantaría gozar de la facilidad de Horacio cuando expresaba la fraternidad espiritual que le unía a Virgilio en su poema:

“Oh, bienaventurados dos amigos...
... mis amigos mejores
Y almas de lo mejor que el mundo cría.....
nada, si el juicio conservar consigo
antepondré mi vida a un fiel amigo”.

Y careciendo de las facultades del poeta, solo puedo ofrecer a mi amigo Rafael una sencilla y sincera prosa.

Después de que nuestro Presidente haya glosado la figura del gran jurista que fue el Notario Gil, yo me limitaré a diversas facetas que a lo largo de cuatro décadas forjó nuestra amistad y enriqueció mi visión de la vida, resaltando sus grandes dotes y sus aportaciones a la vida profesional, social y cívica de nuestra Comunidad. Para ello me limitaré a rebobinar recuerdos trascendentes para él, para mí y para la sociedad.

Saludé a Rafael, por primera vez, en la Escuela Notarial de Santanyí, en aquella especie de monasterio dedicado al estudio y recitación legislativa.

Pasaron años, antes de que nos reencontráramos, al tomar posesión de la notaría de Palma y presentarse como notario y vecino de la Plaza España.

Y así empezó nuestra relación personal y profesional.

Nuestro Presidente ha enaltecido la valía jurídica y profesional de Rafael yo solo puedo ratificarlo y agradecer la ayuda y la colaboración recibida.

Recuerdo asuntos jurídicamente complicados, a los que dedicamos tardes enteras, buscando soluciones. Además de sus conocimientos jurídicos hacía gala de una visión práctica para solucionar temas de futuro y de una paciencia de Job para explicar a los clientes los documentos preparados.

Con ello quiero resaltar su paciencia para con los abogados y clientes (el día del funeral un amigo común me comentó orgulloso que había firmado 327 escrituras ante él).

Ir a la Notaría Gil no era solo ir a firmar escrituras, sino a “consultar”.

Consulta que siguió prestando a amigos y conocidos una vez jubilado e incluso en estos últimos tiempos.

A esta relación profesional, que siguió con mis hijos, se unió nuestra común inquietud político-social. Así participó en la Constitución de la Asociación Codeba “Concurrencia Democrática Balear” que lideró el compañero Raimundo Clar y de la que os hablé en su necrológica.

Pero nuestra coincidencia política más intensa fue en UCD. Allí nos encontramos desde el primer momento —él provenía del Partido Popular de Pío Cabanillas y yo de los Liberales de Joaquín Garrigues— para que todos juntos, como decía él, “ganara la Razón, la Moderación, la Tolerancia, el Futuro, la Paz y el Progreso”.

Él, que nunca quiso protagonismo estaba obsesionado en conseguir estos objetivos y así en un artículo de 12 de enero de 2004, titulado “¿Para quién es el desafío?” recuerda aquellos momentos:

“Y para ello se movilizó toda una generación. Una generación que entonces estaba entre los 30 y los 40 años...”.

“Y esta generación abandonó sus trabajos habituales, sus profesiones, sus egoísmos y se dedicó a trabajar con desinterés por el futuro, hombres y mujeres de la derecha y de la izquierda, de la UCD, de AP, del partido comunista, del socialista, de los nacionalismos, se encontraron en la moderación y el diálogo y alejaron los radicalismos de uno y otro lado que una y otra vez habían arruinado nuestro convivir... Mi emocionado homenaje a todos esos hombres y mujeres con los que compartí edad y zozobras. Y ahora amistad”.

(En este artículo parece haberse inspirado el liberal —considerado comunista— Ramón Tamames, en su reciente libro sobre la Guerra civil Española).

Y en el mismo artículo del 2004, también refleja una de sus grandes preocupaciones que eran objeto de nuestras conversaciones y así termina el artículo:

“Pero a mí lo que de verdad me inquieta es ver que las voces que se comprometen siguen siendo las de aquella generación que hizo posible la Paz. Que son los de aquella generación que ahora ya está pasada. Que seguimos siendo los hombres y mujeres del 75. En tanto que la generación actual representante de esa gran mayoría de ciudadanos de “seny” está en lo suyo, en su trabajo, en sus negocios, instalados en su bienestar, que no se conciencia o si lo está que no se sacrifica ni se significa.

Y una vez más solo se oye el grito de los radicales ante el silencio de la joven racionalidad y el lejano lamento de los viejos”.

Y así nos dejó Rafael confiando en que las nuevas generaciones sigan el ejemplo de la suya, tal como se refleja en sus últimos artículos.

Su preocupación política y social le llevó a enriquecer la sociedad civil, aportando su saber y entusiasmo a cuanto grupo, asociación e institución requería de su colaboración. Yo fui uno de los agraciados. En noviembre de 1981 nos reunimos un grupo de amigos y constituimos el Club Liberal. Entre ellos estaba Rafael. Reconozco con orgullo que el Club fue un triunfo de la sociedad mallorquina. En aquellos momentos de inquietudes político-sociales y de falta de foros y tribunas, allí se debatieron todos los temas por grandes pensadores, sociólogos, escritores, de políticos de todas las tendencias ideológicas reinantes.

Durante los ocho años que estuve al frente del Club Liberal, Rafael estuvo siempre a mi lado, apoyando, sugiriendo y animando los coloquios.

Él, como siempre en la sombra, fue –junto con Sol, Delia y Carmen–, uno de los artífices del éxito del Club. Recuerdo sobre todo las conversaciones de Rafael, con Antonio Oliver y Andrés Ferret y apuesto a que actualmente siguen al más alto nivel. Desgraciadamente no podemos grabarlas.

Quiero resaltar aquí, otra de las cualidades de Rafael: la de gran conversador. Los compañeros de tertulia y reuniones disfrutaban escuchando a Rafael y él estaba encantado de las opiniones ajenas y de su contraste. Era didáctico, lúcido, fino, sugerente, incisivo, irónico, convincente. A pesar de ello como buen liberal nunca sacaba conclusiones definitivas.

Las tertulias con Rafael era un verdadero lujo del que disfruté durante décadas ya que además de las políticas e intelectuales, varios matrimonios amigos compartimos mesa mensualmente, durante décadas.

Desgraciadamente esta mesa redonda se empequeñece y el año pasado dejó su silla Mundo y ahora Rafael. Nos quedan enriquecedoras aportaciones y esas sillas quedarán siempre ocupadas por la añoranza y el recuerdo.

El eje de su existencia era la familia: su mujer, sus hijos, sus nietos.

Su preocupación: la calidad de vida de la humanidad, la libertad, los derechos individuales, la solidaridad.

Era un lector empedernido, que recomendaba lo mejor y evitaba que se perdiera tiempo con libros recomendados por el marketing.

Le encantaba la música y sin prodigarse obsequiaba a los amigos tocando la guitarra.

A una personalidad con estas cualidades se le llamaba humanista, ahora se dice “hacer reír la vida”.

Me considero un privilegiado al haber participado en esta oda a la vida que fue toda su actividad humana. Él lo convertía todo en “vida”. Le encantaba viajar. Para él viajar no era solo disfrutar sino también aprender, vivir acontecimientos importantes para los países visitados. Fuimos a Praga en el momento de su resurgimiento y convivimos con el optimismo y vitalidad de sus habitantes, en aquellos momentos primaverales. Seguimos en un crucero fluvial por el Danubio, en el que uno de los objetivos era Budapest en cuyo mercado, tuvimos una de las tertulias más inolvidables sobre la arquitectura del espléndido edificio y sobre la rápida evolución del pueblo húngaro.

Navegamos por los Emiratos Árabes en el momento de la borrachera inmobiliaria de Dubai, Al contemplar la torre en construcción que andaba por el piso 70, prometimos volver cuando finalizara el 180. Ya no pudo ser.

Disfrutamos de la cultura y amabilidad de Omán, personalizada en el guía turístico cuya filosofía sobre una existencia tranquila, serena y exenta de sobresaltos era un bálsamo para el ánimo estresado.

El último viaje, hace unos pocos años fue a Túnez. Allí naturalmente vivimos las posibilidades turísticas y competitivas –que este año se han paralizado– y disfrutamos, sobre todo él, jaleando mi atrevimiento de acompañar, a una nativa, en un baile típico (alguien guarda la filmación).

En todos estos lugares, además de descansar y convivir, lo pasamos bien y sacamos vivencias importantes que Rafael resaltaba.

Él ha tenido una vida llena que generosamente ha repartido. A veces me pregunto ¿cuántos y cuanto debemos a Rafael? Él se ha ido pero han quedado sus frutos.

Cuentan que ante el momento crucial la reacción de las personas difiere según lo que se ha sido, se es y cree que será.

Yo tuve una experiencia de niño, era monaguillo en mi pueblo y acompañé a un cura a dar la extremaunción a un payés que vivía en su casa de campo. Una vez consolada la familia e impuestos los óleos, el cura habla con el enfermo y en un momento dado le pregunta: “¿Vos anau content d’aquest món?” Le contesta: “¿Content? ben esqueliu”, y ya sabemos que “un esquelivad val per mil”. Allí quedó resumida la dura existencia de aquel hombre.

Están los que tras una existencia intensa dedicada con esfuerzo y orgullo a su objetivo y estando en plena madurez y éxito aceptan que su fecha de caducidad está marcada, y hacen un alto en el camino, es el caso de Steve Jobs, el genio de Apple, recién fallecido que –a pesar de no haber

cuidado las virtudes esenciales que deben adornar a toda persona— en su ya histórico discurso de Stanford, se despojó del pasado y miró al presente, camino del futuro.

“Recordar —dijo— que dentro de poco estaré muerto es la herramienta más importante que jamás he tenido para acordarme de tomar las grandes decisiones de una vida. Porque prácticamente todas las cosas, todas las expectativas del resto de personas, todo el orgullo, todo el miedo y toda la vergüenza por el fracaso, pierden su importancia cuando tienes la muerte ante ti y entonces solo permanece lo realmente importante”.

Y quedan las personas que se han dedicado a vivir intensamente, que no han perseguido éxitos ni glorias, sino ser lo mejor posible y ayudar lo más posible. Éste es el caso de Rafael, que entre las muchas conversaciones importantes mantenidas, la última es la que más me impresionó.

Era la penúltima semana de julio. Hacía algún tiempo que no tenía noticias tuyas, ya que yo estaba rebajado de ánimo por una salud chirriante, este día, más animado, decidí llamar. Se puso su hijo Rafael. Me contó su situación lo mejor que pudo, y yo me despedí con un abrazo a tus padres y que me llame cuando mejore.

Pero el hijo, con un gesto de generosidad pasó la llamada a su padre y después del saludo recíproco de cómo estás, estuvimos hablando. Al notar su voz serena y segura le animé a que escogiera el momento para vernos y fue cuando me contestó que tenía dificultades para andar y que estaba muy ocupado, ya que le quedaba poco tiempo para preparar la maleta.

Yo resistí aquel mazazo como pude y seguí hablando con naturalidad y quedamos en llamarnos al cabo de unos días. Llamada ya imposible.

Para mí esta frase resume su plenitud, la serenidad y lucidez del momento, la tranquilidad espiritual del hombre bueno y una visión de futuro que únicamente los grandes hombres están dotados.

Al haber sido confidente de este extraordinario pensamiento espero que me permitáis filosofar con su viaje.

Este verano, mis nietos tuvieron invitado a un chico sahariano, de una listeza y agudeza envidiables. A mí me llamaba el abuelo Tomeu. Al tiempo de haber recorrido Mallorca por mar y tierra, me dice: -en Mallorca tenéis cosas muy bonitas pero nosotros tenemos una que vosotros no tenéis: las estrellas, muchas y brillantes.

Reconocí la luminosidad del firmamento del desierto y le expliqué que había noches que aquí se veían más y me preguntó que por qué hay una que brilla más que las otras. Recordé la creencia de que cuando muere un gran

hombre siempre añade algo a la Vía Láctea y se me ocurrió decirle que brillaba más, porque hacía días que se había ido allí un amigo mío que era muy buena persona y que se llamaba Rafael. Pasa una semana y me dice: anoche vi la estrella de Rafael que brillaba más que las otras.

El otro día me acordé de esta anécdota y contemplando las estrellas me imaginé a aquel chico una noche de tranquilidad en medio de las actuales turbulencias, contemplando el firmamento y explicando a sus amigos del desierto que la estrella más brillante se llamaba Rafael, porque allí estaba un buen hombre llamado Rafael, amigo del abuelo Tomeu.

Os aseguro que me entró un estado de serenidad, dormí plácidamente y desperté con los conocidos versos de Antonio Machado:

“Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!
Que un ardiente sol lucía
Dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
Colores de rojo hogar,
Y era sol porque alumbraba
Y porque hacía llorar”.

Gracias Rafael por alumbrarnos. Gracias Toñita por todo.